



Derrotado en California sin aserrar madera en Oregón

Por N. Viera Altamirano

Ya he referido cómo salimos de San Francisco con las cajas destempladas. Un griego impertinente de la tripulación del barco se reía de nosotros, diciendo que la oficina de inmigración norteamericana nos había devuelto porque teníamos tracoma.

De mis tiempos de cuando trabajaba como redactor, administrador, reportero, empaquetador y ayudante del prestista de la Chandler en que imprimía López Pineda EL DIARITO, me quedó el recuerdo de un diario de Mazatlán, El Correo de la Tarde, al cual yo enviaba tiempo después artículos y versos que eran acogidos —claro está— con excesiva indulgencia. En una de sus notas el editorialista del diario mejicano dijo que López Pineda, de quien conocía gran parte de su obra literaria, hacía recordar, por el estilo y la trascendencia de sus ideas, a Juan Jacobo Rousseau. Todo esto me hizo pensar que a mi regreso yo podía escaparme del barco con mi valija y mi compañero e ir a buscar trabajo al Correo de la Tarde, pero mis planes se frustraron sencillamente porque el barco no atracó en Mazatlán, y eso me hace recordar un chiste que oí recientemente nada menos de un pariente cercanísimo: un sujeto, a

ya se había pasado de copas, fue a "sacar" a bailar al primero que vio en frente y éste, con la mayor tranquilidad del mundo, le dijo: —Caballero, siento mucho no complacerle, primero porque usted anda bolo, segundo porque no sé bailar y tercero porque soy el Arzobispo. No tocando en Mazatlán tuve que, como se sobreentiende, quedarme en el barco y seguir, y ya en el barco hice mis nuevos planes: escaparme en Manzanillo, porque recordaba que uno de mis hermanos mayores había trabajado allí en el puerto. Era otro de los que desde La Unión salían virados en los barcos de la Pacific Mail, y estando allí en Manzanillo, un día de tantos ese hermano mayor fue a dar a saber cómo a Colima en donde contrajo matrimonio con la señorita Rosa Rivera.

Allí en Manzanillo tuve noticias de la Revolución Mexicana e hicimos otros planes con mi compañero de aventuras para escapar del barco en Acapulco, con tan mala suerte que el barco tampoco se detuvo y no quedaba más remedio que seguir hasta San José de Guatemala. Por breves momentos habíamos considerado la posibilidad de ir hasta Corinto, a Nicaragua, porque ya teníamos noticias de que allá se había librado la batalla del Dr. Madriz con la participación de algunos elementos

salvadoreños entre los cuales figuraba Fernando Cabezas, Claramount Lucero y los muchachos Alvarez Vidaurre. Mas todo se conjuraba y no hubo otro recurso que seguir hasta San José de Guatemala en donde pude cambiar mis dólares por un puñado de cochinos billetes de banco, del papel moneda del Lic. Estrada Cabrera mucho tiempo antes de que el Dr. Kemmerer hiciera la reforma monetaria. Mi valija se quedó en la estación del ferrocarril mientras buscábamos alojamiento en alguna parte, pero esa primera noche yo no pude conciliar el sueño porque inadvertidamente se me había olvidado tomar muy en cuenta que iba a Guatemala y que entre mis papeles —mis poemas inéditos— figuraba uno dedicado nada menos que a los cadetes de la Escuela Militar que se habían jugado la vida queriéndosela quitar al Lic. Afortunadamente nadie registró mi valija y pudimos quedarnos unos cuantos días en Guatemala. Buscamos trabajo en algunos periódicos, nos propusimos de maestros de escuela. Fuimos a ver a un nicaragüense de gran talento pero de extraña vinculación política en Guatemala que nos recibió con gran sorpresa y cuyo único consejo que podría darnos y que no le costaba nada ni en papel moneda, era de regresar a casa antes a El Salvador

antes de que Estrada Cabrera nos hiciera salir por cordillera a la frontera de México o a la de nuestro "erruño". Recuerdo que ya en Acajulla me encontré con un viejo paisano, aduanero de tradición de apellido Aldana y que creo que era nada menos el padre de un periodista que todo mundo conoce aquí en El Salvador. Y pasa que por la prolongada permanencia en San José en aquel hotel de madera sobre pilotes donde zumbaban de noche trillones de zancudos, llegué a la capital salvadoreña con un paludismo que habría hecho temblar a Laverán. Ya no recuerdo cómo me las arreglé en esos pocos días en que luchaba contra la muerte pero —y otra vez la referencia a la familia López Pineda— el hermano de Julián, Tito, que ya era médico "titulado", me tomó a su cargo y con inyecciones de arrhenal (melarsenato de sodio), y quinina, con sencillez me transformó fisiológicamente, obrando una maravilla porque un día de tantos me encontré con un viejo amigo maestro y compañero catequizador, y con gran sorpresa, sacudiendo la cabeza, me dijo: —¿Qué bien te veo! Estás hasta rosado. Naturalmente seguí aquí en San Salvador. En una de tantas me inscribí en la Universidad en la facultad de Farmacia y Ciencias Naturales, porque mis lecturas me habían sugerido la conveniencia de estudiar mucha química para fabricar bombas y hacer trizas a la tiranía salvadoreña.

Me quedé definitivamente en San Salvador para arrancar con otra serie de aventuras. Mi infortunado compañero volvió a su lugar de origen, la ciudad de San Miguel, donde nos habíamos conocido y en donde por estudiar en el mismo Colegio de Oriente hasta el segundo año de Ciencias y Letras, me quedé muy vivo su recuerdo porque en ese segundo año él se hizo famoso "por ser muy fuerte" en álgebra, gracias a las enseñanzas de su padre, un viejo profesor de secundaria que formó a muchas generaciones, don Tobías Meléndez.

Pero ya esto queda para otro capítulo. Mientras tanto veré si me encuentro en los próximos días, con algún sobreviviente de aquellos remotísimos tiempos para que refresque mi memoria, mientras reanudo la historia de mis viajes a California a donde recientemente volví para estar escasos tres días y salir disparado hacia Nueva York.

En la Universidad, fueron mis profesores el Dr. Benjamín Orozco, a quien recuerdo muy bien con su perfil parecido al de Federico Nietzsche, tal como yo lo veía en las ediciones baratas de Sampere, Dr. Samuel Ortiz, el Dr. Villacorta y don Jorge Auerbach.

Como ya anteriormente he referido, durante todos mis estudios de Ciencias y Letras yo había calculado diez minutos para cada lección, es decir pasaba sobre las materias como sobre ascuas y de allí que mis matemáticas anduvieran bastante débiles. Un día de tantos quise sorprender al Dr. Orozco con mi teoría de que en el centro de la tierra un cuerpo cualquiera no pesaría nada sino con relación a la atracción solar. ¿No se ha comprobado —agregué— la desviación magnética en la proximidad de las cordilleras? Y en esto yo había eco en lo que había leído en la Geografía Universal de Eliseo Reclus.

El Dr. Orozco me miró un poco sorprendido y me dijo: —Bien, joven, convengo en que un cuerpo en la superficie de la tierra tenga un peso menor del que le corresponda a medida que se aproxima al centro, pero váyase al pizarrón y me lo va a demostrar. Naturalmente el Dr. Orozco me hizo añicos. A esa interesante figura en nuestro mundo intelectual creo no haberlo vuelto a ver sino hasta en los primeros días de gobierno del Gral. Martínez.